

tura. Siempre y en todas partes, y sobre todo en Roma, la Iglesia se ha puesto á la cabeza del movimiento científico y de la gloria de las naciones. No es posible que haya corazones tan frios, ni entendimientos tan ofuscados, que tengamos precisión de recordar aquellas luces de civilizaci6n, aquel instinto de libertad y aquellas grandes instituciones que el mundo le debe. Así, cuando la doctrina cat6lica dicta sus sábias lecciones, son ilustrados los reyes y los pueblos. Lejos de ser enemiga del progreso, ella anima á él y le propaga. Semejante al sol cuyo esplendor es mas vivo cuando los vientos han barrido las nubes, brilla la ciencia con nuevos fulgores, cuando va escoltada de la fé, porque esta borra de su frente las preocupaciones y los errores.

La doctrina cat6lica es el punto culminante de la razon y de la fé. Si se prescinde de este divino centro, la filosofia, falta de esta alianza íntima, se disuelve al momento, porque no puede descansar sino en la nueva manifestaci6n del poder divino: y la historia entera del universo no sería otra cosa que un enigma sin soluci6n, un laberinto sin salida, y un gran mont6n de ruinas de un edificio sin acabar. Todo sistema que consiste en una negaci6n ó esclusi6n de la tendencia religiosa, está por solo esto muy desviado de la línea del progreso. Quitar á los ingenios la religion, es dejarlo *á pié*, hablando en el estilo de uno de los mayores talentos que han aparecido en el mundo: privándolo de

su influencia que lo elevaba hasta los cielos, se les cortan las alas. Si la humana inteligencia deja de ir á beber en el manantial de la fé, perdiendo su dignidad y energíá, ya no conserva poder para moverse como no sea en sentido retr6gado; y desde entonces vienen sombrías nubes á eclipsar el astro de la ciencia. Si derriba una de las bases sentadas por la fé, abre un abismo: y todo pensamiento que contradice al pensamiento de Dios, es un error. ¿Quién ignora que alterando los datos de la revelaci6n, el politeísmo estendi6 sobre el género humano las tinieblas espesas que por espacio de dos mil años degradaron á la razon? ¿qué los entendimientos audaces que intentaron reconstruir el edificio del cristianismo sobre bases diferentes de las que fij6 la mano divina, han venido á parar por rigurosas consecuencias, deducidas de sus propios principios á admitir las mas repugnantes y absurdas doctrinas del paganismo? El siglo XVIII introdujo el escepticismo en la religion, y así fué tan fecundo en extravagancias racionales. Cada sábio tenia su sistema destruido por el que le seguía. Nada habia en filosofia mas que hipótesis y probabilidades. En metafísica Condillac, suponiendo una estátua, estraviaba la imaginaci6n. En política Rousseau sostenía como natural al hombre el estado salvaje. Los materialistas no consideraban la ley natural bajo otros aspectos que como ley de la naturaleza animal. El racionalismo ha destruido la razon, sujetándola á dimensiones visiblemente

te fuera de su alcance. El eclecticismo, no queriendo admitir una fé que todo el mundo le decia que venia del cielo, ha hecho profesion de elegir entre las ruinas de todos los cultos para no creer nada. El panteismo ha dicho: "Todo es Dios" para no adorar nada. Y esa otra doctrina, que un respeto mezclado de dolor nos prohibe nombrar, despues de proclamar el principio falso de la preeminencia de la razon sobre la fé, se ha esforzado en vano para llegar á lo bello, porque lo buscaba fuera del límite de lo verdadero: triste, pero inevitable condicion de la ciencia humana, cuando se desconoce á sí propia. La ciencia separada de la fé es una quimera, nada; pero aquella que apoyándose sobre el mundo visible é invisible, esplica la una con la otra en virtud de sus relaciones, es real y verdadera, porque es conforme á la naturaleza de los seres.

Permítasenos, pues, unir nuestros deseos á los que no ha mucho manifestaba con tanta energía el señor baron Gustavo de Romand; y digamos con él: "Guardaos del escepticismo ó de la indiferencia, como de un veneno mortal que destruiria en vosotros todo principio de vida, y os separaria del tronco social como una rama seca. Inspiraos del sopro divino de la fé, y todo cuanto os rodee se animará, y muy pronto sentireis una fuerza sobrenatural y desconocida, que convertirá vuestra estéril impotencia en la mas rica fecundidad (1)." No mi-

(1) Miras sobre las elecciones de 1842.

reis la ciencia mas que como un medio de elevar el espíritu del hombre á las conieplaciones de la fé, cuyo ausiliar es y no puede menos de ser en los designios de Dios: este es su destino y esta su gloria. Que ambas en lugar de combatirse se animen mútuamente para lograr nuevas conquistas: que se esfuercen en armonioso concierto para coger la inmensa cadena de verdades que se estiende desde el profundo abismo hasta lo mas alto de los cielos. Dios, que nos alumbra con la antorcha de la razon, no puede oponerse á Dios que nos ilumina con las luces de la revelacion. Continúen, pues, la fé y la ciencia estrechamente abrazadas como dos hermanas íntimamente unidas por interés y amistad en vez de separarse. La mas hermosa armonía entre los hombres de talento y los depositarios encargados de distribuir la luz intelectual á las generaciones nacientes, fecundará los campos de la ciencia, y establecerá en los entendimientos y en los corazones el reinado de la verdad y del bien.

Como la doctrina católica no tiene, á lo que nos parece, otro objeto que la celestial felicidad, es el verdadero camino de la felicidad verdadera en la tierra. Es la sancion de toda moral, el mas potente principio civilizador, que ha penetrado en la vida humana en el curso de todos los siglos. Sábese que Platon anunció que los pueblos serian felices, cuando gobernasen los filósofos ó cuando los gobernantes lo fuesen. Gobernaron por sus consejos desde Nerva hasta Antonino, y luego en la persona de Marco

Aurelio un filósofo fué emperador: esta era la ocasión mas señalada para que la filosofía probase su poderío. Pues á pesar de los esfuerzos, del mérito y de la habilidad de este príncipe, perecian manifiestamente, artes, literatura, ciéncias y civilización. La filosofía del siglo XVIII, rompiendo con las tradiciones de lo pasado, desplegó su bandera, y se vieron tantos delirios como hombres y otras tantas quimeras vanas de perfeccion social: tembló el suelo francés, se conmovieron los cimientos de la sociedad, y apareció el egoismo salvaje, solo él en pié sobre las ruinas de las familias, de los estados y del género humano, hollando la tierna piedad, la santa justicia, la dulce amistad, la voz de la sangre y de la patria. Por entre los sangrientos combates de una licencia desenfrenada, marchó la sociedad á una inevitable decadencia. En el siglo XIX no ha quedado medio que no haya tanteado la filosofía para mejorar la suerte de las diversas clases sociales; el eclecticismo del Sr. Cousin, las leyes de la libertad y de la fatalidad de Jouffroy y Michelet, el método psicológico de Damiron, la personificación divina de la razon humana de Lherminier, el sistema industrial de Enrique de San Simon, el idealismo ó *misticismo* de Leroux, el sensualismo de Fourier, la teoría exclusiva de los hechos sobrenaturales de Salvador y las de los *ritos* de Strauss, que honran infinito el talento de estos autores. Mas no los seguiremos aquí en la esplanacion de sus sistemas, ni trataremos de cal-

cular sus resultados. Acaso como imprudentes navegantes engolfados en alta mar han descuidado con harta frecuencia observar el único astro que podia fijar sus incertidumbres; y errantes al capricho de los vientos, han hecho que sus sistemas se conviertan en juguete de las olas, sin dejar siquiera á los náufragos tabla alguna para volver á tomar puerto.

Fijense los ojos en la doctrina católica: su moral purifica los afectos, y santifica todo cuanto toca. Desvia de todos los vicios y manda la práctica de todas las virtudes: al lado del precepto que aterra y del sacrificio que desconcierta nuestra flaqueza, dispone que brillen sobre nuestras cabezas las coronas inmortales tejidas por una mano divina. Es propia para todas las edades, para todos los tiempos, para todas las clases, y para todas las naciones. No hay necesidad alguna del corazon humano que no pueda ella satisfacer. Hija la Sabiduría increada, es la gloria de la edad madura: en el rostro de la vírgen cristiana hace que brile un rayo de celestial belleza; y coloca una corona de dignidad en la venerable frente del anciano. Nos manda que todos nos amemos y que amemos hasta á nuestros enemigos como hermanos. Establece una igualdad real entre los hombres, compensando la superioridad de los unos sobre los otros con las mas terribles obligaciones. Su espíritu caritativo con la debilidad, compasivo con la desgracia, y enemigo de la violencia, inspira á los hombres

ideas de devocion y de sacrificio. Escita los corazones capaces de nobles emociones; y por temor ó por amor insta al rico á que abra su mano en el seno de la indigencia para socorrer su infortunio. Entre los harapos que cubren al pobre, le enseña un hijo del mismo padre destinado á la misma gloria, á fin de unirlos con el mismo amor. Dentro del arca mística del catolicismo está depositado el solo pensamiento de humanidad que debe reunir á todos los hombres bajo una misma bandera: su ley no es ley de terror ni de esclavitud, sino de amor y de libertad. Manda el respeto y sumision á las potestades: tan enemiga del despotismo como de la anarquía, condena la tiranía, instituye la familia, prescribe la tolerancia para con las personas, consagra todas los principios de sociabilidad, y el amor fraternal que inspira es la mas firme seguridad de los gobiernos y de la felicidad de los pueblos. Para ella no hay judíos, ni griegos, ni bárbaros: manda al hombre que ame á todos sus hermanos, sin distincion de edad, de sexo, de culto, ni de estado, porque todos somos hijos del mismo padre y llamados al mismo destino. Unidos por naturaleza, ¿por qué no lo hemos de estar por la misma fé y por el mismo amor?

Leed á Ciceron, Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, y vereis los consuelos que ofrecia la filosofia al dolor y á la tristeza: "Es una necesidad del hado, decian: de todo nos debemos consolar: hay que armarse de valor y arrostrarlo todo:" pero el catolicis-

mo da al simple artesano el conocimiento de verdades finas útiles que las descubiertas por la filosofia, y mas virtudes que la razon humana es capaz de producir, mas ideas sublimes que el ingenio puede concebir jamas, y mas consuelos que puede dar el mundo entero contra los dolores y el tedio. La doctrina católica es la que despues de cuarenta siglos de esclavitud propagó la libertad por entre el torrente de las edades, y adelantó la emancipacion progresiva de la humanidad en el seno de las tempestades sociales que siempre ha calmado. Ha sembrado constantemente principios de fraternidad en el mundo sin causar jamas menoscabo á ninguna de sus gerarquías. Ha reorganizado las familias sin debilitar la autoridad paterna, moderado el poder de los monarcas sin conmovier sus tronos, é introducido el orden en las repúblicas sin avasallarlas. Hace cuatrocientos años que de siglo en siglo se ha levantado una solemne voz de lo alto del Vaticano que ha protestado á nombre de la humanidad ultrajada en las personas de los esclavos. Aun hoy mismo desea el cristianismo restituir á esta casta desheredada la parte que le corresponde en la herencia comun de civilizacion que Cristo legó á los pueblos, y reanimar en ella el sentimiento de dignidad, que si se ha borrado de su frente, es porque ya no se conservaba en su corazon. La accion incesante y bien ordenada del espiritualismo católico, repara por todas partes lo que la accion desordenada del sensualismo antiguo habia destruido.

Un pueblo verdaderamente cristiano está animado de todos los sentimientos nobles y generosos, preserva su corazón de las viles pasiones, desaprueba la venganza, y detesta la injusticia. Quiere todo lo que puede hacer á su patria mas poderosa y libre; pero nunca un progreso religioso que rompa la unidad, ni una libertad contra el orden. Esta es sin duda la menor gloria tuya, Religion divina; sin embargo, esta gloria te pertenece; y los títulos que te la aseguran, están escritos con caractéres indelebiles en las columnas de la eternidad.

¡Ojalá que todas las naciones oigan siempre y comprendan tu voz! y en tus doctrinas hallarán afianzados el orden público y la seguridad personal: entonces ya no se romperán los eslabones de la misteriosa cadena, que uniendo el cielo con la tierra, junta todas las potestades morales desde la autoridad paternal hasta la Omnipotencia divina. Será mas firme la obediencia á las leyes y mas dócil la libertad, porque conocerán todo el valor de su energía. Conservaremos entre nosotros ese lenguaje del honor, bien entendido, esa buena inteligencia que mantiene todas las categorías, esa mútua estimacion que suaviza todos los caractéres; esa moderacion de genio que presta todos los servicios; esa sobriedad de los deseos necesarios á los estados, á los cuales salva la paz, y robustecen la moderacion y la gerarquía de los poderes, elemento precioso de toda autoridad.

CAPITULO II.

DE LA SOBERANIA ESPIRITUAL EN LA IGLESIA.

El catolicismo es un hecho divino—Su gobierno es monárquico.—De la constitucion civil y religiosa de los pueblos.—Del Papa: es el gefe del episcopado.—De los obispos: están investidos del derecho de soberanía.—Consecuencias de la constitucion de la Iglesia católica en presencia de las necesidades de la sociedad.—De la fé, del progreso y de la tolerancia.—Las comunicaciones que la antigüedad habia inventado entre los hombres y Dios, no eran la fé.—En el catolicismo, manifestacion la mas perfecta de Dios, se encuentra la regla de los adelantamientos de la sociedad.—Palabras notables del señor Carné.—El catolicismo es el primer vínculo político y la mas fuerte salvaguardia de la libertad de los pueblos.—No ha muerto el catolicismo.

No puede uno menos de asombrarse, cuando ve que ciertos escritores contemporáneos se complacen en tratar la religion de puerilidad y de juego de niños. Por entre las sombras de los tiempos antiguos y siguiendo un camino cierto, descubrimos siempre y en todas partes las condiciones manifestas de la sociedad del hombre con Dios, las formas del culto de admirable sencillez en el principio del mundo y bajo las tiendas de los patriarcas. Escogió Dios despues un pueblo, dándole instituciones destinadas